

PRÓLOGO.

Dr. José Ignacio de Arana Amurrio.

Médico Pediatra.

Profesor de la Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid.

Los hombres de ciencia y los filósofos del Renacimiento, aquellos que cambiaron el modo de mirar la naturaleza que nos rodea y las inquietudes que bullen en el hondón de nuestro raciocinio y nuestras almas; aquellos que abrieron unos ventanales por los que todavía nos llega la luz al pensamiento de quienes vivimos quinientos años después, hicieron una maravillosa profesión de humildad que debe obligarnos a recapacitar. Una de sus frases más sentidas, más sinceras, era la siguiente: “Nosotros vemos más lejos que nuestros predecesores, pero sólo porque somos enanos subidos a los hombros de unos gigantes”. Con estas palabras reconocían que tenían contraída una deuda impagable hacia los que antes que ellos habían transitado los mismos caminos de inquietud intelectual. Los gigantes sobre cuyos hombros se aupaban para ver un horizonte tan sugestivo como infinito eran los autores clásicos y medievales de todas las disciplinas del saber; sólo desde esa atalaya les era posible atisbar el nuevo entorno que se abría ante sus ojos.

Nosotros, los hombres y mujeres que en el tránsito de milenio dedicamos toda o la mayor parte de nuestra actividad a la ciencia o a alguna de sus aplicaciones prácticas ¿seríamos capaces de entonar una loa semejante a quienes nos han precedido? Estoy seguro de que aunque lo fuésemos, muy pocos se atreverán a hacerlo en voz alta y menos aún en el ámbito de una tribuna pública y ante una escogida selección de sus colegas. Casi todos nos creemos gigantes. Y, sin embargo, no es así. La ciencia, la ciencia médica en nuestro caso, no es sino un camino inacabado e inacabable jalonado de hitos que nos han de servir de referencia y que, contemplados en la lejanía, echando la vista atrás que es siempre un ejercicio

recomendable para cualquier viajero que no ha de perder jamás el recuerdo de su punto de origen, nos deben admirar y les hemos de rendir el homenaje que merecen.

En el caso de la Pediatría, una de esas piedras miliare es el libro que ahora tiene el lector entre sus manos. El *Methodo y orden de curar las enfermedades de los niños* del doctor Gerónimo Soriano, publicado hace exactamente, por estos días de junio, cuatrocientos años. Libro y autor, autor y libro que constituyen motivo de atención especial para todos los que por vocación hemos enderezado nuestros pasos a la atención de los niños en su doble faceta de sujetos de enfermedad y de seres en desarrollo donde se cuajan muchas si no todas las cualidades físicas y psicológicas que han de conformar al individuo adulto.

Gerónimo Soriano fue un hombre de su tiempo, renacentista en lo que esto significa de buceador en las fuentes del clasicismo pero sólo para extraer de ellas lo perdurable y sobre esa base levantar los cimientos y el edificio todo de un nuevo saber o, por mejor decirlo, de un nuevo entender. El Renacimiento español, además, gozó de unas características que lo diferencian del que coetáneamente se desarrollaba en el resto de Europa. En primer lugar, fue más prolongado en el tiempo –y esto lo podemos apreciar tanto en la ciencia como en la filosofía o en el arte-, lo que le permitió adquirir una mayor solidez ante de ser arrebatado por los excesos del sucesivo movimiento barroco. En España se maduraron más el pensamiento y las formas de hacer de los clásicos y también de los medievales y se tuvo tiempo de pulir las aristas que aquéllos mostraban sin romper con brusquedad sus piedras angulares. En segundo lugar, esa época coincidió con la que iba a presenciar la elevación de España hasta el protagonismo político, social, y por ende cultural, en el viejo continente y su proyección sin solución de continuidad hacia un universo virgen en todos los sentidos como era el nuevo mundo transatlántico. Lo que los españoles hicieran entonces iba a representar el patrón europeo y en América el germen de una sociedad neonata. Y en tercer lugar, pero no en el último, puesto que de él nacen, sin duda alguna, los otros factores, la coexistencia durante los siglos, que no el siglo, de Oro españoles de una pléyade de extraordinarios personajes en todos los campos de la actividad humana como pocas veces se ha dado a lo largo de la historia de los

pueblos.

Nuestro autor, pues, se mueve en este campo abonado y a él se aferra para desarrollar su labor como médico, nutriéndose de ese humus y dando unos frutos magníficos. Sin embargo, es muy poco lo que sabemos seguro de su biografía. Natural de Teruel, ciudad en la que luego ejercería casi toda su vida profesional, estudió o amplió estudios en Valencia y publicó esta obra fundamental en Zaragoza, todas ellas ciudades del entonces reino de Aragón. El libro, a la usanza de la época, está *dirigido*, esto es, dedicado y puesto bajo la protección y el mecenazgo del Muy Ilustre Señor Gaspar Pedro, “*caballero nobilísimo habitante de dicha ciudad [Teruel].*” En esa dedicatoria, y por mano del propio autor, podemos encontrar los motivos que le indujeron a su publicación: “*...y deseando alcanzar amigos, y nombre, he determinado condescender con las persuasiones de algunos, que con las cartas me han solicitado que sacase a la luz este tratadillo del Método de curar las enfermedades de los niños. De suerte que me arrojé y aventuro a obedecerles, para obligarles a que no me nieguen su amistad: **también para que mi nombre y crédito pase adelante.***”

He destacado intencionadamente estas últimas palabras para que se vea que aun en el ánimo de quien durante toda su vida hizo gala de humildad, cabe un ápice de deseo de perpetuar su nombre; algo connatural en cualquiera que realiza un trabajo que sabe importante y más si es innovador. De todas formas, contrasta este texto con la frecuente impudicia con la que muchos de nuestros contemporáneos se califican a sí mismos de genios.

Poco más es lo que se conoce con certeza de la vida y la obra de Gerónimo Soriano. Sí nos consta que en el año 1595 había publicado en Madrid otra obra titulada *Libro de experimentos médicos, fáciles y verdaderos, recopilados de varios autores* que dirige en este caso nada menos que a los santos mártires y curadores san Cosme y san Damián. Este libro es, como ya se anuncia en su mismo título, un centón en el que se recogen conocimientos de otros autores, pero reúne dos características que lo singularizan. La primera es que está escrito en lengua vulgar castellana y no en latín como se acostumbraba hasta entonces para los textos

médicos; y el autor razona esta decisión, que sabe va a ser discutida por los letrados de su época, trayendo a colación el argumento de que otros grandes médicos y divulgadores hicieron antes lo mismo en sus respectivos idiomas: Galeno, Vuecherio, Tiraranto, Leonardo, Falopio, etc. Se trata, pues, de una de las primeras obras científicas escritas en nuestro idioma, un idioma ya riquísimo como en el mismo tiempo estaban demostrando los creadores de nuestra mejor literatura con Cervantes a la cabeza de todos ellos. La segunda de las características que me interesa destacar en estos *Experimentos* es su confesada vocación de ser una obra útil no sólo a los médicos sino a personas ajenas a la profesión de esta ciencia; un libro, por lo tanto, eminentemente práctico y divulgador. Estas son las palabras del autor en su prólogo: *“El médico que de ello se quiera aprovechar, si fuera docto, hallará que están compuestos con arte y método y alcanzará la ocasión y tiempo para haberse de valer y aprovechar de ellos. Los que no fuesen médicos, si la necesidad fuere tal y lo pidiese, podrán ponerlos por obra. Advierto, empero, como cristiano, aconsejo que, si oportunidad hubiese, tomen parecer de médico docto y cristiano, para que, con mayor seguridad y oportunidad mejor, se aproveche de los experimentos (...)”* Es decir, nos encontramos ante algo así como un manual de primeros auxilios pero riguroso en cuanto al origen y la exposición de los remedios en él expresados.

Lo demás que conocemos de la trayectoria vital de Soriano entra de lleno en el campo del panegírico y no tiene base documental aunque no por ello, según creo, deba omitirse cuando tratamos de hacernos una idea de la personalidad de nuestro autor. En la edición que de esta obra *Methodo y orden de curar las enfermedades de los niños* hizo la Real Academia de Medicina en 1929 y cuyo facsímil es el que ahora tiene el lector ante sí, se incluyen unas notas del doctor Miguel Granell, contemporáneo casi de Soriano, en las que se refieren algunos datos de esa opinión que era generalizada en el reino aragonés a los pocos años del fallecimiento de nuestro médico. Dice que en la ciudad de Teruel se le conocía como Señor san Jerónimo por la bondad de su carácter y la misericordia que mostraba en su quehacer médico. De joven ya había demostrado sus cualidades intelectuales y su amor por los niños, por lo que se fijó en él un rico y noble turolense –quizá aquel don

Gaspar Pedro al que años después dedicará su obra- que le pagó los estudios de médico.

Nada más obtener su licenciatura en Cirugía Mayor se instaló en Teruel y abrió una consulta gratuita para niños y fundó un pequeño y humilde hospital para los niños que precisaran mayores cuidados o no tuvieran quien les atendiera en sus domicilios. El doctor Granell, recoge testimonios de habitantes de Teruel y de su alfoz que demuestran aquellas cualidades de Soriano: su permanente dedicación a la infancia enferma; su desprendimiento de intereses económicos, algo muy llamativo en un médico para la mentalidad social de su época; la aplicación de remedios innovadores como algunos de los que luego hemos de citar; su lucha contra el curanderismo que en el medio rural, pero también en el urbano, de aquellos siglos se ocupaba en la mayor parte de la atención a los enfermos, tanto por la carencia de médicos fuera de las grandes ciudades como por la imposibilidad de la mayoría de los pacientes para pagar los altos honorarios que los pocos existentes les exigían.

Si repasamos, aunque no sean éstos el momento ni el lugar, las descripciones que los literatos de entonces, notarios fieles de su tiempo, hacen de los médicos, casi siempre despectivas cuando no burlonas o decididamente sarcásticas, no pueden dejar de extrañarnos, y de estimular nuestra admiración, estos relatos sobre un médico que, además, estaba cambiando radicalmente muchos de los conceptos preexistentes de nuestra profesión y, desde luego, de su interés por el niño enfermo.

Y aquí entramos en el aspecto más destacado de Gerónimo Soriano. El profesor Sánchez Granjel no duda en afirmar que la Pediatría alcanza su definitiva constitución como saber médico independiente en la obra de Soriano y concretamente en su *Methodo*.

El interés por las enfermedades de los niños existió, como no podía ser de otra manera, desde los orígenes conocidos de la medicina en las primeras culturas históricas, pero siempre aparece como marginal al que se presta al adulto enfermo, y casi de forma habitual como un añadido a la atención de la mujer en trance de parir y en los primeros días del puerperio. Los médicos de las civilizaciones más antiguas no prestaron demasiada atención a los niños enfermos. La enfermedad y la muerte de

éstos desde el nacimiento hasta la edad en que cada sociedad consideraba que el individuo era un miembro útil y efectivo de la misma, se tenían por una circunstancia natural e ineluctable y, por tanto, los encargados de velar por la salud no perdían tiempo en ocuparse de ellos.

Esta situación iba a cambiar, como tantas otras de nuestra ciencia, con la llegada de la medicina griega en la que su concepción del hombre como centro de todas las cosas no podía dejar de lado ese periodo esencial de la vida en el que surge y madura la personalidad del individuo. Los griegos, que crearon la *pedagogía* o educación de los niños, son también los promotores de lo que podríamos considerar primera *pediatría* o atención médica a la infancia.

Hipócrates, en la sección tercera de su libro *Aforismos*, dedica varias sentencias a comentar las enfermedades infantiles. Galeno no hizo sino repetir, con pequeñas glosas personales, las apreciaciones hipocráticas aunque fue su autoridad la que llevó al conocimiento del mundo romano esta sabiduría del maestro de Cos. Otro médico griego que ejerció en Roma, Sorano de Éfeso, no se limitó ya a enunciar las enfermedades que podían padecer los niños, sino que instauró algunas normas terapéuticas. Se refieren, eso sí, casi exclusivamente a los recién nacidos puesto que están incluidas en su obra fundamental *Sobre las enfermedades de las mujeres*, que es un tratado de ginecología y obstetricia que estuvo en uso durante siglos en occidente.

La obra de Sorano de Efeso fue recogida por la medicina musulmana e incorporada a su práctica sanitaria. En occidente, con el desmembramiento del Imperio romano, prácticamente se perdieron estos conocimientos clásicos aunque muy pronto volvieron a ser apreciados a través de la labor de escuelas médicas como la de Salerno. En este centro de estudios de la costa italiana se escribió el libro *De mulieris passionibus et eorum cura* del que fue autora Trotula, una mujer médico de la Alta Edad Media que tomaba muchas de las afirmaciones de Sorano añadiendo de su cosecha otras tantas, entre ellas varias dedicadas al cuidado de los niños recién nacidos.

Otro foco de cultura medieval hay que situarlo en España. En el monasterio de

Ripoll los monjes habían reunido una magnífica biblioteca con la mayoría de los libros científicos escritos en la Antigüedad clásica. En Toledo, donde el rey Alfonso X *el Sabio* estableció en el siglo XII la Escuela de Traductores, se trasladaron al latín y al castellano numerosas obras médicas. En ocasiones se daba a su contenido un tratamiento más acorde con la mentalidad medieval y con los modos de actuación médica que se iban haciendo comunes en Europa. De esta forma vemos cómo al hablar de las enfermedades de los niños se les atribuye en muchos casos un origen o cuando menos una notable influencia astrológica. Por ejemplo, se dice que los niños nacidos al comienzo del octavo mes de embarazo –los *sietemesinos*– corrían un grave riesgo de morir en los primeros días pues ese mes estaba presidido por el planeta Saturno, siempre de mal augurio.

Los judíos también aportaron su experiencia médica, en gran parte fundamentada en los preceptos sanitarios recogidos en los textos talmúdicos. Tanto el *Levítico* como *Números* contienen abundantes prescripciones sobre la enfermedad y aunque no lo hacen expresamente en medicina infantil, muchas de sus normas son perfectamente aplicables a los niños como las que se refieren a enfermedades de la piel tan comunes en la infancia de cualquier época.

Dando un salto en el tiempo llegamos a la España del siglo XVI durante el cual se publican en nuestro país los primeros libros sobre Pediatría de autores españoles. Pedro Díaz de Toledo publica en 1538 *Opusculum recens natum de morbis puerorum cum appendicibus*; Luis Lobera de Avila, en 1551, *Libro del seguimiento de la salud y de las enfermedades de los niños*; Luis Mercado, en 1579, *De puerorum educatione custodia et providentia atque de morborum qui his accidunt curatione*, dentro de su libro sobre enfermedades de la mujer. Y sobre todo, en 1600 aparece el *Methodo y orden de curar las enfermedades de los niños* de Gerónimo Soriano.

Pocos años después de la primera edición del *Methodo* aparecerán en España otras obras también importantes ya con claro y definido matiz pediátrico. Cristóbal Pérez Herrera publica la *Defensa de las criaturas de tierna edad* (1608) y Francisco Pérez Cascales, en 1611, su *Liber de affectionibus puerorum*, donde junto con uno de los primeros y más importantes estudios sobre la difteria laríngea, llamada en España

garrotillo, se ocupa, fiel a su tiempo, de las enfermedades infantiles provocadas por la fascinación o *aojamiento* de las criaturas con los remedios aplicables en forma de amuletos y ensalmos. El doctor Juan Gallego Benítez de la Serna, médico de cámara de Felipe III, acompañó a París a la hija del monarca, Ana de Austria, que iba a casarse con Luis XIII de Francia; allí escribió y publicó en 1634 su *Opera Physica* en la que describe muchas normas de puericultura y se ocupa de la epilepsia y la calculosis como padecimientos típicamente infantiles. A estas obras cabría añadir la publicada en 1629 por el doctor Juan Gutiérrez de Godoy bajo el sugestivo título de *Tres discursos para probar que están obligadas a criar sus hijos a sus pechos todas las madres, quando tienen buena salud*, referencia a un problema de dejación de este deber materno que se ha repetido numerosas veces en la historia de la sociedad y al que han debido enfrentarse los pediatras de todos los tiempos.

La obra que centra nuestro comentario, este *Methodo y orden de curar las enfermedades de los niños* de Gerónimo Soriano aporta al lector, junto con divertidas y hasta espeluznantes actitudes terapéuticas que hoy repugnarían la conciencia de cualquier pediatra, muchos hallazgos verdaderamente novedosos para su época que han seguido siendo utilizados con eficacia hasta la nuestra. No es caso de revelar ahora todos éstos, pues eso queda para la sosegada lectura que del texto haga cada uno, pero no me resisto a citar algunas de las aportaciones de Soriano que mayor vigencia tienen en la práctica pediátrica.

En el tratamiento de las *cámaras*, o sea, de la diarrea, establece como pauta esencial el ayuno durante varias horas, la supresión de la leche “*para que no cuaje en el estómago*” y la administración de líquidos azucarados. Pone en acertada relación la existencia en el niño pequeño de “*costra láctea*” en el cuero cabelludo con el posterior desarrollo de eczemas. Para las llagas de la mucosa de la boca recomienda bebidas frías que producen un cierto grado de anestesia local, así como las unciones de esa mucosa con miel. Distingue perfectamente distintos tipos de convulsiones y el diferente pronóstico de cada una: *gota coral* -convulsiones febriles-, *pasmo* –espasmos del sollozo-, tetania, epilepsia y convulsiones en el curso de una meningitis. En cuanto a la epilepsia, tenida durante siglos por un “mal sagrado”,

Soriano intuye que en su origen hay factores familiares hereditarios. Ante los casos de fiebre recomienda desabrigar al niño y bañarlo en agua tibia. Señala con exactitud las causas del ronquido y la dificultad respiratoria durante el sueño debidas a obstrucciones nasofaríngeas. Y un largo etcétera que irá descubriendo de sorpresa en sorpresa el lector.

Pero, al margen de lo puramente científico que contiene esta asombrosa obra de Soriano, hay un aspecto que me gustaría destacar ante aquellos que se dispongan a su sabrosa lectura. Me refiero al estilo literario que la impregna, a la magnífica preceptiva lingüística de la que hace gala de principio a fin. La literatura científica actual, la que escribimos y publicamos los médicos de hoy, adolece de monotonía, de exceso de cientificismo en detrimento del cuidado hacia el estilo en que tales conocimientos especiales pueden y deberían ser expuestos al lector. Que nadie piense que el hacer buen uso del lenguaje va en desdoro del meollo que se quiere transmitir. Y no se trata sólo de que con un lenguaje correcto las cosas, aun las más arduas, se entiendan mejor; también debemos rendir homenaje a nuestro idioma cuidando su redacción. Es absurdo que por un prurito de “internacionalismo” recortemos hasta límites próximos al analfabetismo funcional esa faceta que forma parte del bagaje cultural exigible a cualquier persona que ha alcanzado un elevado nivel universitario como es el caso de los médicos. Muchas comunicaciones escritas y orales exhiben una pobreza idiomática que más parecen escritas por un impersonal lenguaje informático que por individuos de cultura.

Nadie dudará del alto nivel que poseen los trabajos científicos de Ferrán, Ramón y Cajal, Marañón, Rof Carballo o Laín Entralgo, por citar sólo algunos ejemplos de ámbito español en los últimos cien años; y quien los lea podrá adquirir los conocimientos que en ellos se exponen a la vez que disfrutar de un lenguaje atractivo. Bien es cierto que de este vicio padecen todas las ciencias, aquí y fuera de nuestras fronteras, y que en los planes de estudio de las universidades se olvida programar unas horas lectivas al muy necesario ejercicio de aprender a expresarse y a redactar. No hay tiempo, se dice, en los apretados currícula, pero quizá lo que falte es el interés en el profesorado y la afición entre los alumnos. Ahí queda la idea como

sugerencia y como reto a quienes tienen el poder y la responsabilidad de formar hombres y mujeres especialistas en una determinada materia, pero globalmente cultos humanísticamente; al fin y al cabo, lo que pretendió ser la Universidad desde sus ya lejanos orígenes.

Si algo llena hoy las publicaciones médicas son los trabajos que se refieren al aparentemente nuevo concepto de la “medicina basada en la evidencia”. Nuevo sólo en su terminología puesto que su presencia en el quehacer médico ha sido constante de un modo u otro en toda la historia. Lo que hoy son los datos obtenidos de macroestadísticas y metaanálisis y que se toman como parámetros para valorar las desviaciones en la forma de actuar, lo fueron antes los patrones dictados por los grandes médicos de la Antigüedad clásica o los que poco a poco fueron haciendo de la medicina una ciencia positiva sujeta, podríamos decir, a peso y medida.

En la obra de Soriano a esto se le denomina *schollia*; la continua referencia a esas normas tenidas por canónicas no falta en ninguno de los capítulos de este libro. Pero Soriano se permite, como lo harían los médicos de todos los tiempos hasta quizá este nuestro, la licencia de improvisar de acuerdo con su propia y personalísima experiencia, aun cuando eso suponga discrepar de aquel magisterio. Es, por otra parte, lo que ha definido siempre al buen médico frente al rutinario o al excesivamente apegado a las teorías aprendidas en los libros y manuales. Tengamos en cuenta que el enfermo no acude a contar sus problemas y a ser atendido por “la ciencia médica” sino por este o aquel médico individualizado, deseando hacerlo *su* médico, aunque las circunstancias asistenciales no favorezcan por lo general el establecimiento de esta relación. Y *su* médico debe saber todo lo que se pueda saber, pero asimismo debe ser capaz de marcar una impronta personal a su actuación sobre el hombre –también persona individual, no dato estadístico- que se le acerca. La “medicina basada en la evidencia” tal y como hoy se malentiende por muchos, relega al desván de lo anacrónico y hasta al infierno de lo anticientífico el ojo clínico, el olfato del médico, ese indescriptible don que hasta ahora ha permitido que la medicina fuera, sin dejar de ser ciencia desde Hipócrates y los asclepiades griegos de hace veinticinco siglos, un arte lo que, sin ninguna duda, contribuía a humanizarla.

Entre las muchas cualidades que encontramos en la obra de Gerónimo Soriano no es la menor ésta de romper esquemas preestablecidos y aceptados sin reserva mental alguna por sus coetáneos. El libro está lleno de pequeños detalles en los que el médico turolense se deja llevar por su personal forma de entender las características del niño enfermo, y nos advierte que aun cuando los más sabios doctores dictan un tratamiento, él recomienda otro igualmente eficaz, a veces algo menos, pero que, por ejemplo, molestará en menor medida al pequeño paciente. Son detalles entrañables que nos presentan a un médico con toda la ciencia de su tiempo en la cabeza pero con ese toque de humanidad que fue ensalzado por quienes le conocieron y por muchos de los que ahora lo vemos como por transparencia a través de sus escritos.

La medicina pediátrica posterior a Soriano, liberada ya del anclaje esclavizador a las otras ramas médicas, no hizo desde entonces sino avanzar a pasos cada vez más agigantados hasta llegar a lo que hoy conocemos y practicamos como una medicina absolutamente distinta a cualquier otra especialidad. La Pediatría es hoy, en efecto, una medicina que, recogiendo y asimilando cuantos avances se producen en la ciencia biológica aplicada al diagnóstico, prevención y tratamiento de la enfermedad humana, discurre por caminos muy particulares y no únicamente por la forma de aplicar esos conocimientos, sino sobre todo por el reconocimiento y la exigencia que supone el tratar con unos pacientes sumamente especiales: los niños, con su modo de enfermar, su particular vivencia de la enfermedad, y todo el mundo tan distinto que se desenvuelve detrás de esos ojos que nos miran como no lo hará nunca ningún otro paciente, con sorpresa, con ingenua interrogación y transmitiéndonos a través de su mirada siempre directa, siempre fija en nuestros propios ojos, un hálito de inocencia y un vendaval de esperanza.

* * * * *

La edición de *Methodo y orden de curar las enfermedades de los niños* que aquí se ofrece tiene aún otras singularidades. Se trata de una obra publicada en 1929 por la Real Academia de Medicina, como tomo VIII dentro de una ambiciosa *Biblioteca Clásica de la Medicina Española* auspiciada por su entonces presidente el

doctor don Carlos María Cortezo; una iniciativa que permitió rescatar del olvido buen número de textos y de autores de la historia médica de nuestra patria y ponerlos de nuevo al alcance de los médicos modernos como lo estuvieron durante siglos al de los colegas que bebieron de ellos sus saberes.

El libro de Gerónimo Soriano está en tal ocasión comentado por el académico don Jesús Sarabia Pardo, y la lectura de estos comentarios y de su prólogo bien pudiera excusar cualquier otro por su categoría y erudición. Yo recomiendo encarecidamente que se lean las páginas del doctor Sarabia con el mismo deleite que se disfrutará con las del protagonista Soriano. Suponen un acertadísimo estudio tanto de la obra del pediatra renacentista como de los conceptos mismos de Pediatría absolutamente vigentes para todos los que un día elegimos esta especialidad médica.

Hecha esta paladina confesión del mérito inigualable del doctor Sarabia como comentarista de la obra de Gerónimo Soriano, sólo me resta manifestar mi agradecimiento al Comité Organizador del XXIX Congreso Nacional Ordinario de Pediatría, presidido por los doctores Eduardo Doménech y Amado Zurita, por haberme escogido para añadir un nuevo prólogo al libro que ahora se ofrece a los asistentes a esta Reunión científica. La elección de la figura y la obra de Gerónimo Soriano en este IV centenario de la publicación del *Methodo*, honra a los miembros de la Organización y gratifica a todos los pediatras españoles; mis palabras sólo han pretendido añadir un apunte de actualidad a un libro que si fue manantial de origen de la medicina infantil, debe figurar con honores de privilegio en la biblioteca de cualquier pediatra. Volvamos, pues, al principio. Soriano y otros como él son los gigantes; nosotros en nuestra pequeñez nos aupamos sobre sus hombros.

Junio de 2.000